

cía. Los intereses terrenales se mezclaban a cada paso, para echar de su lado los provechos de esas falsificaciones. Fábula hubo, como la de la batalla de Clavijo, que costó pagar pechos por algunas centurias. Pero, en realidad, las más aparatosas fábricas se levantaron siempre sobre la ignorancia general, que se sentía desvanecida contemplando detrás las grandezas que no tenía delante. La imaginación española llegó, como Ulises, a creer en las ficciones que ella misma tegía. Y con este alimento se ha ido manteniendo hasta los tristes días actuales.

No negaré que la fantasía puede dibujar magníficas maravillas en los celajes nacarados que flotan sobre el remoto horizonte: *splendide mendax*. Pero ¡ay de los pueblos que alzan la vista a las nubes, y no miran a la tierra!

DISCURSO DE RECEPCION

COMO MIEMBRO DE NÚMERO DE LA SECCIÓN DE

LITERATURA, DE LA ACADEMIA

N. DE ARTES Y LETRAS DE LA HABANA

SEÑORES. ACADÉMICOS:

En momentos bien oscuros y dolorosos me veo obligado a dirigirme a vosotros. Pero me habéis honrado, llamándome a vuestro seno; y no me es posible dejar de corresponder a lo que me impone la gratitud y a lo que demandan los estatutos.

Bien quisiera creer que es obra de los años, de mi edad que me ha hecho más susceptible por los dolores de la experiencia, el sentimiento de horror que me embarga ante el espectáculo estúpido del mundo en guerra. Pero sería desestimar la sensibilidad y desconocer la potencia de previsión de los demás, suponerlos siquiera más indiferentes a los males que presenciamos y de cuyos terribles efectos distamos mucho de estar exentos.

Nunca, ciertamente, había caído sobre los hombres calamidad más completa. Las naciones más cultas, ricas y poderosas de Europa y sus inmensos imperios coloniales en ambos hemisferios, el Japón, todavía para nosotros tierra casi incógnita y nuestro más próximo vecino México, se despedazan y hacen crugir hasta los cimientos la enorme estructura gigantesca de la civilización coetánea. Cuanto amamos, cuanto nos inspiraba confianza en el saber y la industria humanos, cuanto alentaba nuestras esperanzas de ir cada vez más adelante y con rapidez centuplicada en la conquista de la naturaleza, y, sobre todo y ante todo, el sentimiento de la confraternidad de los espíritus superiores, destinado a caer en lluvia benéfica sobre los demás hombres, todo se estremece y bambolea al estruendo de los morteros ciclópeos, a la luz fatídica de los incendios, a la visión apocalíptica de las máquinas de muerte que surcan los aires, que van por los mares o que se escurren sigilosamente bajo su traidora superficie, para sacudir a su paso ruinas y cadáveres.

Dura prueba, para los espíritus reflexivos y madurados por la experiencia de la vida, esta inaudita conflagración. Dura, porque nos presenta los resultados más estupendos de la ciencia aplicada puestos al servicio de una obra insensata de destrucción; más dura aún, porque nos hace asistir a la resurrección de sentimien-

tos que podríamos creer enterrados para siempre con las edades en que eran predominantes. Cuando los sabios se han visto obligados a coonestarla, nos dan por única disculpa el antagonismo de razas, germanos contra eslavos. Lo que quiere decir que se evoca un mito, el de la raza, para disculpar el odio, o el miedo que es en el fondo lo mismo, de pueblo a pueblo. Porque no es difícil observar que hay provincias eslavas en el imperio alemán, y que millones de eslavos, muchos de ellos fieles súbditos y conscientes y voluntarios partícipes del estado, forman la mayoría del imperio austro-húngaro.

Y no porque se haya bebido a grandes sorbos el licor amargo de las desilusiones, deja el hombre de contemplar con melancolía el derrumbe de lo que juzgaba sólida conquista de la humana labor. Luchamos, aún sin saberlo, por mantenernos a flote en este mar tormentoso del desencanto, y nos obstinamos en conservar siquiera la fe en las fuerzas del corazón y de la mente, empeñadas en mejorar las condiciones de la vida.

Ante las exigencias de la estrategia, por necesidades del ataque o la defensa, hombres civilizados hacen tabla rasa de obras de las más refinadas del arte, testigos mudos y elocuentes de los esfuerzos y de la potencia del espíritu de nuestros predecesores. Descarga la metralla sobre el recinto de las universidades: y se hunden bajo los escombros los aparatos científicos y se

ahuyentan sobrecogidos los que los manejan, o se les retiene aprisionados. Pueblos enteros son raídos de la superficie de la tierra, y millones de seres humanos, laboriosos, activos, infatigables en su lucha de progreso y civilización quedan convertidos en piaras humanas sin abrigo, desnudas y hambrientas. La humana piedad de gente remota tiene que acudir, sin saber si ha de conseguirlo, a ampararlos, a disputárselos a la más espantosa de las muertes.

Pone espanto el pensar en que la más sólida conquista del espíritu humano, durante su obstinada labor de siglos, la ciencia, sea la principal colaboradora de esta obra nefanda. Su fin primordial, nacido de la necesidad que la amamantó a sus pechos, ha sido ayudar al hombre a emanciparse de los riesgos con que lo amagaba la omnipotencia de la naturaleza circustante y a librarse de los tormentos infinitos de su espíritu poseído por los terribles fantasmas que lo asediaban y lo paralizaban o lo empujaban a acciones insensatas. Su fin era por tanto defenderlo, sosegarlo, hacerlo cada día más libre. Y la vemos con dolor convertida en elemento fulminante de ruina, y volverse con furia contra sí misma, poblando de horrores la mente esclavizada. Orestes entregado de nuevo a las Euménides que había logrado auyentar.

A la vez, si volvemos los ojos al campo de las letras, a la región de las artes, eternas consola-

doras y alentadoras del ánimo sobrecogido, perenne estímulo para la voluntad enflaquecida o vacilante, nos sorprende el silencio mortal en que yacen, o nos lastiman el lamento desgarrador o la tremenda imprecación de que se hacen eco. Cuando no viene a sumirnos en amarga estupefacción la sangrienta saturnal a que se entrega en algunas de sus manifestaciones más populares, como en la caricatura. Ninguno de los sentimientos alentadores, ninguna de las emociones que dan temple al ánimo y lo ennoblecen se abren paso y adquieren la expresión correspondiente a la sublimidad de esta tragedia colosal. No se descubren los videntes, ni surgen los vates que profieran las voces necesarias, las que confortan, cuando todo vacila y parece desplomarse la razón de la existencia.

Poco importa que conozcamos, por la reflexión sobre lo pasado, las causas del fenómeno doloroso. No por eso es menos doloroso. Hasta ahora la explicación del motivo no ha sido de por sí el remedio del mal. Toca sólo a los espectadores estremecidos, aunque se encuentren en segundo término, dolerse con honda amargura de todos y cada uno de los lastimosos episodios de esta universal calamidad, tan próxima ya a ser universal catástrofe.

Y tanto más nos toca a nosotros, cuanto que no nos faltan en nuestro propio campo, en nuestra patria, razones bien visibles de sobresalto y

temor más que justificado. Un sentimiento, ahora de congoja, es el que me domina, al fijar los ojos en los amenazadores síntomas de la descomposición política de Cuba.

No creo que nadie pueda pensar que voy a prevalerme de este acto, tan serio para mí, tan importante para las personas a quienes en primer término me dirijo, para enzarzarme en las espinas de los reproches cotidianos de los partidos. Miro a más, y anhelo llegar más hondo. Miro a la patria, y me pregunto con zozobra si la estamos fortaleciendo, o si estamos empeñados, aún sin saberlo, en derruirla; si nos damos cuenta de que aún no ha terminado la dura labor previa de constituirla, según demandan las exigencias de la época que alcanzamos, y las peculiares dificultades que nuestra composición social nos presenta, o si nos creemos ya sobre terreno limpio y firme, donde nos podemos entregar sin riesgo inmediato a juegos de azar y habilidad con el porvenir.

Y precisamente a los que están encargados de representar por medio de signos verbales o de signos visibles la vida que los rodea y les impresiona, a los literatos y artistas toca muy de cerca e interesa muy mucho estar bien penetrados del estado y alcance de esos premiosos problemas.

En estos mismos días, no ha cesado aún por completo el período más importante, por su sig-

nificación y consecuencias, de los que imponen sucesivamente a la actividad del ciudadano los deberes de su función pública. Acabamos, es decir, se acaban de celebrar elecciones. Aún se realizan sus últimas operaciones. El pueblo de Cuba, el de los tremendos sacrificios de medio siglo por la independencia de la patria, ha sido llamado a designar los hombres en quienes deposita su confianza para darle leyes, esto es, para señalarle los rumbos que debe seguir. Apenas han transcurrido quince años desde que puede realizarlo. ¿Qué espectáculo hemos presenciado? Sonroja el recordarlo. El pueblo holgaba lejos de los colegios electorales o los designaba con sonrisa burlona e indiferente. Buscaba con mirada entristecida la valla de gallos clausurada o la taberna difícilmente entreabierta. En los círculos privilegiados se jugaba no muy a escondidas. En los lugares de votación se jugaba sin rebozo con la honra, con la seguridad, con el porvenir de la patria. Corrían el oro, los billetes, los cheques, hasta nombramientos en blanco para ir a fornar parte de los cómmilitones de nuestra renta por excelencia, de la renta, de nuestros establos de Augías. El sufragio universal cubano nada tenía ya que echar en cara al sufragio más que restringido de aquella Gran Bretaña de las «circunscripciones podridas». Los tigres de Tammany Hall huían avergonzados en plena derrota.

Si los enemigos actuales del parlamentarismo

mo quieren argumentos, aquí pueden venir a buscarlos copiosos y decisivos. Esto es lo que hemos hecho en poco más de una década de la institución porque han luchado y sangrado un siglo las naciones de Europa y América.

Necesario de toda necesidad es que nos demos cuenta de que un mal, que sale así a la superficie, con tan señalados y amenazadores caracteres, está denunciando dolencia muy honda y arraigada. La turbia corriente viene de lo profundo ya revuelta con toda suerte de impuras escorias. Nuestro triste pasado se ha erguido de súbito, para lanzarnos al rostro que en vano hemos pugnado, nos hemos esforzado y hemos sangrado tanto. La generación de cubanos que nos precedieron y que tan grandes fueron en la hora del sacrificio, podrá mirarnos con asombro y lástima, y preguntarse estupefacta si éste es el resultado de su obra, de la obra en que puso su corazón y su vida. El monstruo que pensaba haber domeñado resucita. La sierpe de la fábula vuelve a reunir los fragmentos monstruosos que los tajos del héroe habían separado. Cuba republicana parece hermana gemela de Cuba Colonial.

¿Cuál de los males públicos que denunciábamos con indignación no se ha reproducido? Han vuelto al asalto de la administración pública la incompetencia, el favor, el nepotismo y la corrupción. Hay quienes resisten, pero hay quienes fla-

quean y quienes se rinden. Hemos envenenado la fuente misma en que debíamos beber la salud. Se pone la pequeña administración de la justicia, que está más en contacto cotidiano con el pueblo, en manos que entorpece la ignorancia, cuando no las tuerce el interés. Se proclama la intangibilidad de lo mal adquirido. Y así se emponzoña la conciencia pública, porque se nos hace desconfiar del esfuerzo, del trabajo; y pone sobre el pavés al afortunado, cualquiera que haya sido el origen de su fortuna, la vara de Midas que ha hecho brotar su corriente de oro. Ya no hay necesidad de aguardar la nave que nos llevará a tierra distante con nuestras arcas repletas. En los lugares más pintorescos de los alrededores o en el corazón mismo de la ciudad bulliciosa se levantan los palacios de aquellos a quienes la suerte pródiga ha mirado con ojos risueños y ha descubierto el secreto de la fortuna improvisada. El mísero sin pan los saluda con secreta envidia, y va a comprar la fracción de billete que le promete falazmente, por otro camino, la misma suerte deslumbrante. ¿Cómo podrá quejarse si le hemos devuelto la lotería?

Seguimos administrando la hacienda pública con los mismos procedimientos que aprendimos en el período que tanto abominábamos; son las mismas las fuentes a que pedimos los ingresos, y el despilfarro ha adquirido la nobleza de una teoría del bien público, aplicada a sabiendas y

pregonada como excelsa panacea. Sólo en esto hemos progresado. No son parásitos forasteros, son parásitos indígenas los que amamantamos al seno ubérrimo del tesoro nacional, y estos parásitos se llaman legión.

Como si nos empujara demencia suicida, hemos ido socavando uno y otro día, con la tenacidad del que realiza una obra vital, los cimientos en que se afianza la dispensación de la justicia. Hemos, a despecho de jueces rectos y bien intencionados, destruído la eficacia de sus sentencias y convertido el Código Penal en simple espantajo de los pobres de espíritu. Unas veces por servir a corredores interesados, otras por corresponder a mal llamados servicios políticos, otras por mal dirigida conmiseración, se abren las puertas de las prisiones, se abrevia la duración de las penas, y no hay consejo de secretarios del Despacho, sin que al día subsecuente se publique la interminable lista de los indultos. Noble virtud es la piedad, digno de un gobierno justo reconocer la fabilidad de los juicios humanos, necesario evitar y reparar los males que sin derecho hayan podido causarse, al velar por la seguridad pública; pero no seguimos a este respecto el mejor camino, ni siquiera el bueno. Nos depeñamos a destajo por el más peligroso de los derriscaderos.

Como no hay forma de gobierno que no presente lamentables deficiencias, como es mucho

más fácil teorizar sobre la manera de regirse los hombres, que realizar siquiera un mediano concierto en la vida colectiva, claro está que no pretendo que nuestras instituciones hayan escapado a esa dura realidad, al pasar de la mente de sus fundadores a los vaivenes y sacudidas de la práctica cotidiana. Pero sí debemos señalar las desviaciones en que influyen las tendencias hereditarias, el influjo aun inconsciente, de la imitación, las sollicitaciones de las flaquezas del carácter. Gobernar es vigilar para que se cumplan las leyes, y es suministrar los medios de que se cumplan. Prever lo posible para llegar a lo mejor, y procurar la manera de que se llegue sin sacudidas ni tropiezos. Nuestra constitución implica que el gobernante deba su elección a un partido, pero el partido no debe ignorar que lo ha colocado no a su frente, si no al frente de la nación. Al frente para que dé testimonio de ella ante los extraños, para que la represente y sea como su encarnación tangible, en sus discursos y en sus actos.

Tampoco debe el que gobierna olvidar ni por sí, ni por lo que son sus inmediatos instrumentos, que ha de dejar a otros órganos de la vida política el cuidado de la manera como la realizan. Una Secretaría no debe jamás, por buenas y rectas que sean las intenciones del que la ocupa, convertirse en comité. Si así lo hace, aún sin quererlo, corrompe las aguas que en torno suyo fluyen.

Como en el viejo mito, éstas en vez de templar petrifican lo que tocan.

No queramos, por otro lado, los que componemos la masa de los ciudadanos, sacudirnos de nuestra porción de responsabilidad. No hagamos del gobernante un día nuestro ídolo, para incensarlo con fáciles encomios, y al otro burladero, tras el que pretendemos ocultar nuestra cobardía o nuestra incompetencia. Los males públicos son la obra de todos. En esta forzosa colaboración entra la parte principal que toca a los que están incesantemente en contacto con la sensibilidad pública, la que toca a los literatos y a los artistas.

En la esfera social no está todo perdido, mientras brilla a lo lejos y en lo alto el resplandor de un ideal. Vamos, aunque no queramos, aunque no nos demos cuenta de ello, describiendo una espiral inmensa. Nos cercan a veces las tinieblas, a veces el crepúsculo; pero aún alentamos, si la esperanza de lo mejor nos llama y nos conjura. Esas vislumbres son vagas y fugitivas, esas voces son inciertas y misteriosas. Dichosos o menos infortunados los zahoríes que ven o presienten, y tienen signos para revelarnos sus visiones gloriosas. Uno de los grandes artífices de la palabra en nuestros días, Romain Rolland, ha dicho que el papel del artista consiste en crear sol, cuando no lo hay. Esa es vuestra noble tarea.

Pero no hay que clamar por la luz, como el

glorioso poeta alemán, a la hora de la muerte. En mitad de la vida, y cuando llegan los sombríos momentos de prueba, como los que he bosquejado, corresponde a los que conocen el camino para hablar a las almas presentarse ante todos con sus evocaciones poderosas.

El arte no debe mirar hacia atrás, sino para comparar las dificultades vencidas y las que tiene que vencer, para descubrir los medios que pusieron en juego sus nobles antecesores y adaptarlos y mejorarlos. Para aprender cómo se hace algo superior; nunca para imitar. La imitación es procedimiento de escuela y de taller, quiero decir, de aprendizaje. Es un procedimiento, un paso, un escalón. Hay quienes no van más allá. Son eternos aprendices, no artistas. Su número es infinito, su papel estimable. Pero no es de ellos de los que tratamos. El peso ponderoso es para los hombros robustos. Atlas o San Cristóbal, se necesitan fuerzas de ciclope para levantar el mundo.

El arte no debe encerrarse en círculos cerrados y estrechos, no debe emparedarse en conventículos. Buenas son las academias, si tienen muchas puertas, y si a ellas conducen y de ellas parten muchas avenidas. Nada de Tebaidas misteriosas. No hay que soñar con abadías de Telemo repuestas y sombreadas por encinas seculares. El lugar del poeta, del pintor, del escultor, del músico, está en la plaza pública. El teatro de

los helenos era también un hipódromo, y sus hipódromos requerían el concurso de muchas artes.

Debe el artista mirar hacia adelante; pero con ojos humanos. Hasta donde alcanza la visión normal. No hay que ir a dar de bruces contra esas quimeras que se han llamado música del porvenir o arte de pasado mañana. No se vive sino en el presente; y enorme esfuerzo se necesita para vivir con plenitud de vida en el presente. El día que fluye, que se escapa, ese es el que hay que vivir, artistas; porque ese es el que hay que hacer vivir de un modo mejor, superior, a la multitud indiferente, que debéis enseñar a sentir, a comprender, a idealizar.

Así se obedece a la ley exigente e imperiosa de la necesidad. Y mejor, mucho mejor resulta obedecer a sabiendas, que someterse de manera inconsciente. Estamos en este día, en este momento, en este instante, y no podemos dejar de estarlo. La emoción que nos posee, el pensamiento que de ella depende y la traduce han nacido de todo ese mundo ambiente de pasiones que se entrecrocán y de conceptos, que nos forjamos la ilusión de que las dirigen. El rumor millares de veces repercutido de esas batallas que están durando meses y arrasando naciones, llega hasta aquí y nos envuelve ahora. La vibración profunda y dolorosa de nuestras dolencias nacionales de la hora actual habla en el fondo de nosotros y nos

roba la tranquilidad en esta fiesta de soñado esparcimiento del espíritu.

Hay más aún. Creemos buscar un refugio a la obsesión de lo actual en las creaciones sorprendentes de lo pasado, en los productos del arte de los que nos precedieron. Vamos a alentar con ellos, a gozar o padecer con ellos. Vamos a ser helenos con las epopeyas homéricas, a ser romanos con las sátiras de Juvenal, o italianos con las visiones dantescas, o ingleses del renacimiento con el proteico Shakespeare, o españoles del tiempo de los Felipe con la ironía serena de Cervantes, o alemanes del *Aufklaerung* con la anchurosa y profunda vena de Goethe, o franceses del siglo de las luces a los soplos fecundantes de los cuatro vientos del espíritu del padre Hugo. Beatífica ilusión. Eruditos o no, leemos el ciclo homérico con los ojos y la mentalidad de hombres del siglo veinte, y lo traducimos y no podemos dejar de traducirlo al lenguaje de nuestras emociones. Y exactamente nos ocurre lo mismo con todas y cada una de las obras maestras que nos han legado los antecesores. Por eso se llaman legión los que los han comentado, y pudieran llamarse legiones, según el ardor y a veces el enceno con que se han combatido. Y por eso podemos confesar, aunque bajemos la voz, que no todos, ¡oh, no todos! encontramos en cada una de ellas la honda fuente de interés y de simpatía que nos habíamos prometido. «Die Zeiten der Vergan-

genheit—Sind uns ein Buch mit sieben Siegeln». Los tiempos pasados son para nosotros un libro con siete sellos, decía al pobre pedantesco Wagner la desengañada ciencia de Fausto.

¡El libro de los siete sellos! Dejemos, dejemos ese intrincado apocalipsis de lo que fué. Nos llama otro mar no menos encrespado, pero cuyas tempestades conocemos y cuyas corrientes podemos predecir a donde nos llevan. Procuremos sondearlo y saber con certeza la dirección de los vientos que lo agitan, para que las cartas que de él tracemos aprovechen a todos los que a la par de nosotros y por fuerza lo navegan.

Se ha dicho y repetido que estamos en un período de transición, aunque lo cierto es que la humanidad realmente se halla en transición perpetua. Lo que esto en verdad significa es que nuestra época, como cada una de las pasadas, pero más premiosamente, porque hemos duplicado la velocidad adquirida, tiene sus exigencias, en la forma de modificaciones sociales que hay que introducir y de conflictos que les están aparejados y que hay que resolver.

Permitidme, para despedirnos, señalar algunos.

Transformadas, al conjuro de la ciencia, las condiciones de la vida material, cada día son mayores, y tienen que serlo, las aspiraciones morales de más grande número de hombres. Son muchos, son innumerables, los que aspiran a más,

porque ya saben que respiran y cómo respiran, diré, alterando un tanto el aforismo célebre de un sabio cubano. Cualesquiera que sean nuestras opiniones personales acerca de la solución mejor para las reivindicaciones socialistas, hay que buscarla, desechando mucho rezago inservible de las organizaciones pasadas, mejorando los ensayos plausibles que se han aplicado, legislando, sobre todo, como quien trabaja para preparar la necesaria labor de mañana, y no para sostener la ya hoy inútil labor de lo que dejamos a la espalda. Lo que fué debe servir de lección y ejemplo, para sustituirlo convenientemente; de boya que avisa el escollo donde pudimos haber zozobrado. Hay por lo menos que levantar el faro, sólido y alteroso, que nos alumbré el camino incierto y que sea el ojo que se enciende para sondear las tinieblas del porvenir.

El espíritu a las veces paradójico, pero singularmente lúcido y profundo de Nietzsche ha aseverado que, con una educación adecuada, durante siglos, se podrá hacer de las mujeres lo que se quiera, hasta hombres; pero que, entre tanto, merced a su creciente influencia, atravesaremos un período de transición singularmente borrasco. No hay manera de evitarlo. Hay que disponer nuestro espíritu a la más difícil de las adaptaciones, a la adaptación inestable y a sabiendas inestable. Hemos de realizar múltiples ensayos, y de presenciar y sufrir no pocas conmociones,

desde las provocadas por la perversidad infantil de las feministas del tipo inglés, hasta las mucho más serias y más hondas de las organizaciones de las mujeres norteamericanas. Pero sobre todas se impone esta convicción, que el círculo de hierro y de fuego en que había pretendido el hombre encerrar a la que llamaba con inconsciente hipocresía su compañera, se ha roto para siempre. La más quimérica de las empresas sería tratar de soldarlo, en cualquier forma. Hay algo ya definitivo y de incalculables consecuencias: la emancipación del espíritu de la mujer. Despidámonos, no sin cierta melancolía, de la Eva bíblica, y demos otra significación mucho más honda al eterno femenino del poeta.

No menos grave es la crisis en que se encuentra otra de nuestras ideas más caras, y, fijémosnos bien, de las más recientes: la de la paz universal! No quiero decir con esto que sus adeptos no hayan sido elocuentes, ni hayan aportado al debate argumentos fútiles, ni dejen, ¡tremenda ironía! de tener la razón, toda la razón de su parte. Sólo quiero significar que el desatado huracán de pasiones homicidas que hoy azota al mundo, ha de dejar en pos de sí, motivo sobrado hay para temerlo, tal reato de temores, de zozobras y de odio, que ha de serles a éstos fácil envolverse en el manto de la prudencia y la previsión, para mantener en las manos de los pueblos las armas formidables de defensa y ofensa, con que

hoy se aniquilan. Moloch tal vez se disfrace, pero esconderá bajo los anchos pliegues de su nueva toga la bomba de melinita.

No, no ha de faltar a los artistas conscientes de su permanente y benéfica influencia campo sin límites donde ejercerla. El mayor peligro para ellos nace de la riqueza de elementos que se les viene a las manos. En su horno fulgurante, como en el del gran artista que dió forma al Perseo, se han de acumular los más varios y hasta los más extraños elementos, oro y plata y estaño. ¿Quién dijo miedo? Adelante.

Aquí, sobre mi mesa de trabajo, tengo una famosa escultura: la victoria de Samotracia. Ha perdido un fragmento. No importa. Todo su cuerpo nervioso y musculoso avanza, se precipita con ímpetu irresistible; la túnica se le adhiere a los miembros resistentes y un viento de tempestad la agita y parece trazarle una estela; sus alas aquilinas están totalmente desplegadas, Vuela ¿a dónde? ¿Quién lo sabe? De todos modos, a conquistar lo futuro que le tiende los brazos.

Vedado, 12 de noviembre de 1914.